La Heredera de Diana

Jitha

Mag Lynch

AUREA
EDICIONES

© La Heredera de Diana.

Sello: Nenúfares
Primera edición: Octubre 2022

© Mag Lynch

Edición general: Martín Muñoz Kaiser
Ilustración de portada: xxxxxx
Corrección de textos: Felipe Uribe Armijo
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser



© Áurea Ediciones
www.facebook.com/aureaedicioneschile
@aureaediciones1
www.aureaediciones.cl
Errazuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile

ISBN: 978-956-6183-19-8
Registro de Propiedad Intelectual: 253.502
Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

Para las mujeres mágicas del mundo.

¿Un beso? Un truco encantado para dejar de hablar cuando las palabras se tornan superfluas
Ingrid Bergman

I
El regreso

Al abrir los ojos, observé cómo el manto negro de la noche cubría todo a mi alrededor; no había luna ni estrellas que reflejaran o iluminaran el camino, y no lograba ver más allá de un metro de distancia, oscuridad que me resultaba desesperante, que me inquietaba. Permanecí por un momento sin moverme, esperando algún ruido, algún aroma que me diera una pista de dónde estaba, sin embargo, solo distinguía el sonido de mi respiración, la que cada vez se sentía más agitada. Un viento helado llegó para calarme hasta los huesos. Las manos me temblaban, si bien no por el frío. No era precisamente miedo a la oscuridad… sino a lo que pudiese estar allí.

Estiré las manos con cautela, para ver si había algo delante. Como no logré tantear nada, di un paso temeroso; al apoyar mi pie en el suelo, el estruendo de las ramas secas al quebrarse provocó un eco que hizo retumbar mis oídos. Aguardé un momento para ver qué sucedía; al no escuchar nada, continué con sigilo: sentía con cada paso cómo crujía el suelo, quebrándose aquel silencio nocturno.

De pronto, un escalofrío recorrió mi espalda. Sentí como si una estaca se clavara en mi nuca; a pesar de lo oscuro que estaba, creía que me observaban. Respiré hondo, a fin de darme fuerzas para continuar. Se me antojaba que el aire se hacía más denso: me costaba inhalarlo sin que se me congelaran los pulmones, era como si alguien respirara sobre mí; aquel aire frío parecía pegarse en mi rostro e impedirme el paso, transformándose en una verdadera muralla. Me detuve por un momento para escuchar algo que me orientara, pero nada.

Seguí caminando cuidadosamente, sin que me abandonara la impresión de que algo o alguien me observaba desde la penumbra. Ya no solo me debía preocupar acerca de dónde ponía mis pies, sino que también de lo que pudiese ocurrir a mi alrededor. Nunca había sentido esa desprotección, esa vulnerabilidad… Tenía un nudo en la garganta, como si quisiera llorar. Continué avanzando, pero el camino se hacía cada vez más difícil. Ya no sentía las piedrecillas ni las ramas y se me dificultaba mover los pies; las suelas de mis zapatos comenzaban a pegarse a una especie de superficie viscosa.

Volví a detenerme, estaba completamente desorientada y en la soledad absoluta. Lo único que escuchaba era mi respiración agitada y el latido de mi corazón, que parecía que se arrancaba del pecho. Un fuerte aullido rompió aquel silencio enloquecedor… De nuevo sentí ese escalofrío en el cuerpo, el cual se estremeció por completo; traté de avanzar más rápido, esperando poder escapar, pero mis piernas temblaban. Respiré hondo para calmarme y retomar el dominio de mis extremidades, que flaqueaban, sin embargo, otra vez ese aullido caló en mi ser. Miré a mi alrededor y divisé unas pequeñas luces amarillas. Intenté reconocer qué eran. ¿Linternas, quizás?… Pero no.

Las luces comenzaron a acercarse con velocidad hacia donde estaba. En la proximidad reconocí ese par de ojos siniestros que siempre me perseguían. Traté de mover mis pies, pero la sustancia que bañaba el suelo no me dejaba y sentía que me jalaba hacia abajo. Caí de rodillas e intenté avanzar, empujándome con las manos. Miré hacia atrás y vi que los ojos amarillos estaban más cerca. Con una desesperación mayor enterré los dedos en el suelo, tratando de salir de allí a como diera lugar, pero mis manos se resbalaban en aquella viscosidad. No quería mirar hacia atrás, no quería ver nuevamente esos ojos: ¡lo que quería era gritar, pedir ayuda! Pero no podía: ningún sonido salía de mi garganta. Era desesperante, las manos me ardían de tanto arrastrarlas para intentar salir de ese pantano. Sentía cómo la sustancia gelatinosa se deslizaba entre mis dedos. De pronto, un intenso aroma a azufre y un fuerte jadeo me alertaron de su presencia…

Ya estaba cerca y yo continuaba tratando de escapar. Miré hacia atrás y vi que los ojos amarillos saltaban sobre mí…

El agudo sonido del silbato del tren hizo que me despertara con un sobresalto. Me hallaba tan agitada que no me percaté de que iba recostada hacia la ventana, azotando mi cabeza contra ella. Pasé mi mano por la frente, tratando de suavizar el golpe; con lentitud abrí los ojos. Los claros rayos del sol, que venían desde detrás de las montañas, dieron de lleno en mi rostro. Miré hacia fuera para ver dónde estaba y el paisaje que se presentaba ante mí se me hizo familiar. Podía reconocer los viñedos y las plantaciones de olivo que estaban cerca de la estación La Dormida.

La imagen que apareció frente a mis ojos era digna de una pintura de Monet. Froté mi rostro para alejar la somnolencia

que aún me aquejaba y así apreciar aquella maravillosa gama de colores. Los distintos verdes de los prados, sus mezclas de café y amarillo, dependiendo de la plantación que estuviera alojada en la tierra, contrastaban con el celeste pálido del cielo al amanecer; ese cuadro majestuoso, que me recibía después de tanto tiempo, me daba la bienvenida al único lugar en el mundo que reconocía como mi hogar.

Estiré tanto el cuello como los hombros e hice un par de giros con la cabeza para recomponer la musculatura que se me había atrofiado en esa hora de sueño que pude conciliar durante el viaje. El dormir con la cabeza pegada a la ventana nunca ha sido una de mis posiciones favoritas y si a eso le sumamos aquella pesadilla que me hizo despertar de golpe, podría decir que Morfeo no había sido generoso con mi descanso.

En realidad, hacía tiempo que no lograba dormir bien. Desde luego, había noches mejores que otras, pero por lo general algún sueño se me cruzaba por la mente y provocaba que me despertara. No siempre había sido así: si recuerdo bien, fue después de que cumplí los quince que comencé a tener ese tipo de pesadillas; antes soñaba, como todo el mundo, pero los sueños que me despertaban con una sensación de ahogo solo los comencé a padecer a partir de esa edad. Eran tan reales que me incorporaba temerosa, acongojada y exaltada. En un principio, me daba rabia no poder seguir durmiendo, tomaba leche tibia, contaba ovejas, trataba de colocar la mente en blanco y hasta había probado unas gotas de belladona que la abuela le había mandado a papá, pero nada resultaba; así que en vez de combatir aquel desvelo, comencé a leer libros, a escuchar música, a ver películas, a hacer cualquier cosa que me distrajera de aquellos pensamientos; no quería volver a cerrar los ojos y vivir nuevamente esa angustia, de modo que al final se transformó en costumbre el dormir poco.

Siempre traté de buscarles un significado a mis sueños; en internet hay muchas páginas sobre eso, pero ninguna que me ayudara a aclarar los míos. Me pesaba enormemente tener que estarlos contando, más aún después de lo que había dicho la hermana Caridad en la clase de espiritualidad: que existían personas que podían hacer premoniciones a través de sus sueños; que estos eran momentos de conexión con un mundo paranormal y que antiguamente castigaban a quienes tenían ese poder, pues los acusaban de hechiceros. Con mayor razón no debía contarle a nadie, no quería que me tildaran de bruja. Mu-

chas veces creí que mis sueños en algún plano se hacían reales, pero considero que la sugestión que me provocan los mismos hacía que viera las cosas similares en la realidad. Para mí, al fin y al cabo, lo real era aquello que se podía tocar, no lo que solo imaginaba…

Volví a mirar por la ventana. La bruma matutina cubría los parajes y las plantaciones que rodeaban el camino; la luz del sol que aparecía detrás de la montaña le daba un leve tono dorado a aquello que tocaba, creando una ilusión casi mágica: el paisaje aparentaba estar cubierto de pequeños trozos de cristal.

La Dormida era un pequeño valle agrícola rodeado de cerros (a casi diez horas en tren desde la ciudad) y cruzado por un río cristalino; era un verdadero oasis entre la sequedad de la cordillera. Volver allí resultaba como retroceder en el tiempo, por lo menos un par de décadas; cada vez que veía una película de los años sesenta recordaba la vida cotidiana de allí. Creo que eso le daba, en parte, aquel toque mágico. Si bien la tecnología había llegado hasta los lugares más recónditos del país, y había beneficiado al pueblo con luz eléctrica, internet, televisión por cable y señal satelital y de celulares, sus pobladores seguían viviendo como si estos avances no les importaran. Los utilizaban, pero no dependían de ellos para realizar sus tareas diarias. Esto era por lejos lo que más me gustaba de volver: nunca había logrado acostumbrarme a la vorágine del mundillo citadino. En el fondo era una chica de campo. Saber que estaba cerca del único lugar que reconocía como mi hogar, hacía que el corazón me latiera más fuerte; no solo por el lugar, sino que también por quienes se encontraban allí: mi familia.

Estar en la ciudad se había transformado en una agonía después de la muerte de papá. Ya nada era igual, no tenía sentido continuar viviendo allí. Me había vuelto más introvertida y solitaria que antes y ya no quería sentirme así. Tengo claro que nunca he sido la persona más sociable del mundo, ni tampoco la más fiestera, pero por lo menos el hecho de estar con los míos me reconfortaba y sentía que tendría un mejor pasar. Recordar todo lo que había sucedido me hacía suspirar y no podía evitar que los ojos se me humedecieran.

Abrí la pequeña celosía de la ventana para dejar entrar el aire matutino y permitir que mis pensamientos se refrescaran. No quería llegar a casa con cara de sueño y menos con pena; tenía que dar la impresión de estar feliz de volver; después de todo, había sido yo quien le insistió a la abuela a fin de regresar

a casa antes de la graduación; aunque ella no estaba del todo de acuerdo con mi decisión, ya no podía seguir teniéndome en el internado. En realidad yo no quería seguir estando ahí. Cuando papá me dijo que nos mudábamos a la ciudad, terminar internada en un colegio de monjas no era parte de los planes, pero nada de lo que pasó el último año concordaba con lo que había añorado… Volví a suspirar al recordar a papá, eso aún me producía una tristeza enorme. Me limpié las lágrimas de los ojos e insistí en pensar sobre lo bueno que era regresar. La bruma ya se había difuminado. El olor a tierra húmeda y pinos entró por la ventana, llenando mis pulmones y entregándome la misma energía que sentía de pequeña. Ya estaba en casa.

Una vez que el tren se detuvo en el andén, comencé a caminar por el pasillo, mirando por las ventanas para buscar a quien vendría por mí. Detuve la mirada en aquel rostro familiar: Lucas, mi mejor amigo en el mundo, estaba allí; sonreí. De todas las personas que había extrañado, él siempre había sido el primero. Más que la tía, más que la abuela… Él, la única persona en el mundo que me conocía realmente: más que mi amigo, era como un hermano.

Apresuré el paso para bajar y, desde la puerta del tren, lo llamé. Él empezó a correr hacia mí, esquivando a la gente. Terminamos chocando y nos miramos como si de pronto algo fuese distinto. Después nos dimos un abrazo algo extraño, incómodo… Al parecer cinco años había sido mucho tiempo.

—¿Cómo estuvo tu viaje? —dijo, tomando mis bolsos con ambas manos—. Ven, papá nos espera afuera.

Había tanto ruido que no lograba escuchar bien lo que decía. Cuando lo vi cargar el equipaje y caminar, solo atiné a seguirlo. Lucas avanzaba más rápido que yo, se giraba y lo veía mover la boca: algo decía, pero no entendía qué.

—¿Entonces? —preguntó.

Quedé mirándolo con expresión de duda. De verdad no había logrado escucharle nada de lo que había dicho, con suerte había logrado alcanzarlo, así que para no sonar descortés ni hacerle repetir todo nuevamente, solo asentí con mi cabeza. Llegamos junto a la camioneta de su padre. Ahí parado nos esperaba el señor Gallagher, quien botó un cigarrillo y se acercó a darme un abrazo.

—Siento mucho lo de Leo —dijo cerca de mi oído—. Lamento no haber podido llegar a su funeral… Él era como un hermano para mí —terminó de decir con la voz quebrada.

Él y papá habían estado juntos en la marina, se conocían de jóvenes. De hecho, en una visita que realizó papá a la casa de los Gallagher, hace veinte años, conoció a mamá. El día del accidente, el padre de Lucas también se encontraba en la embarcación, pero él había corrido con mejor suerte: las olas arrojaron su cuerpo inconsciente a la playa, quedando solo con un TEC y la clavícula destruida; estuvo hospitalizado cerca de un mes, yendo de operación en operación para reconstruir sus huesos, razón por la cual ni él ni Lucas pudieron asistir al funeral; yo lo entendía, pero a él era a quien más le pesaba no haberse despedido, aunque creo que el haberse salvado también lo hacía sentir culpable.

—Vamos, tu abuela te espera —dijo un poco más repuesto, mientras abría la puerta de la camioneta para que me subiera.

II
Una mirada hacia el pasado

Saliendo de la estación de trenes, tomamos el camino rumbo a la casa de la abuela. Aquel sendero estaba enmarcado por una fila de plátanos orientales, que se entrecruzaban en la parte superior de sus copas formando un túnel natural en la vía, el que en invierno ayudaba a los caminantes a protegerse de la copiosa lluvia y en verano bloqueaba los fuertes rayos del sol para fortuna de quienes paseaban por allí.

Con la ventana abierta, sentí el aroma que me había acompañado desde la infancia y que extrañaba sobremanera. Recordé las numerosas veces que había pasado por allí en otoño, cuando la luz del sol se colaba por entre las ramas medio desnudas e iluminaba las hojas amarillas y cafés que caían poco a poco al suelo. Era sin duda mi imagen favorita de este lugar… Visualizaba esta fotografía en mi mente, cuando de pronto recordé lo otro que me rememoraba ese camino: la alergia que me daba el polvillo de esos árboles.

Borré aquel recuerdo con un contenido estornudo.

— ¡Salud! —dijo Lucas, mirándome por el espejo retrovisor.

Levanté la cabeza y encontré sus ojos pardos mirándome fijamente. Respondí con un: "Gracias". Con disimulo, me quedé contemplando su imagen por el espejo. Noté lo mucho que había crecido. Poco quedaba de aquel chiquillo delgado y debilucho que me acompañaba en todos los juegos y travesuras de niña.

Lucas tenía mi edad; bueno, en realidad era tres meses menor que yo. Desde que yo tenía memoria había estado a mi lado. Él, su padre y su hermano mayor siempre habían vivido en la casa contigua a la de la abuela, por lo que prácticamente nos criamos juntos… Su madre, Elisa, fue gran amiga de mamá, aunque falleció cuando él era un niño… No recuerdo bien de qué, pero sé que pasó mucho tiempo enferma. Cuando pequeños, la gente del pueblo pensaba que éramos hermanos, porque nos veían siempre juntos: en la escuela, en la plaza, en el mercado… Incluso hasta nos parecíamos físicamente: teníamos los mismos ojos pardos, la misma piel mate y el pelo trigueño. Hasta algunos gestos similares teníamos, como el arrugar la nariz cada vez que algo no nos gustaba. Nos cuidamos

mutuamente, si bien, para ser fiel a la verdad, yo lo cuidaba más a él, ya que era como un pajarito y un poco lerdo, por lo que siempre se caía y se golpeaba cuando tratábamos de trepar árboles o corríamos por los campos.

No cruzamos más palabras durante el camino. De todas formas eran tan solo unos minutos de viaje, así que tampoco había mucho tiempo para conversar. Otra razón por la cual Lucas tampoco hablaría mucho era porque íbamos en compañía de su padre. Aun cuando lo quería bastante, no se llevaban muy bien. El papá de Lucas era muy estricto con él y con su hermano, y siempre lo había visto como el más débil de sus dos hijos, por lo cual, en general, Lucas evitaba hablar delante de él, ya que siempre terminaban peleando o el padre lo comparaba con su hermano.

Aquel silencio algo incómodo invitaba a que mi atención pasara al paisaje, pero la imagen de Lucas me seguía atrayendo enormemente. No podía dejar de pensar en él: en sus rasgos mucho más definidos, más toscos, más varoniles; en la marca de su barba, en su voz ronca. Todo había cambiado en su apariencia, si no lo hubiera conocido y lo hubiera visto pasar en la calle me habría dado vuelta a mirarlo. De repente sacudí mi cabeza como si tuviera que borrar esos pensamientos "impropios". No podía pensar en él de otra forma, era mi amigo, mi hermano. No podía creer que despertara así mi curiosidad. Definitivamente estaba mal, era una tontería pensar en él de ese modo. Al parecer, haber estado rodeada de mujeres por tanto tiempo me había afectado. Era el primer chico que veía de mi edad y ya se me habían alborotado las hormonas.

Nunca lo había visto de esa manera; como hombre, me refiero. Para mí Lucas era la única persona en la vida que podía leer mis gestos y mi rostro; sabía cuándo estaba enojada, cuándo estaba triste o cuándo algo me preocupaba; teníamos una conexión no verbal, me leía como a un papel. Creo que podía hacerlo porque él era una persona transparente, no costaba nada confiar en él…

Estaba absorta pensando en nuestra relación especial y de lo feliz que me sentía al tenerlo nuevamente a mi lado, cuando, sin querer, subí los ojos y volví a encontrar los suyos mirándome por el espejo retrovisor. Al cruzar nuestras miradas, no pude evitar sentir las mejillas enrojecer; una extraña sensación me invadió, volví a mirar hacia el paisaje, haciéndome la desentendida, pero por un momento sentí una gran vergüenza…

¿Qué me pasaba? ¿Por qué me hizo sentir así?... ¿Habría notado que, por una milésima de segundo, me sentí atraída hacía él?

Llegamos a la casa de la abuela. Bajo el portal de la puerta estaba ella, junto a la tía Magda, esperándome; mientras Lucas y su padre bajaban los bolsos, me acerqué para abrazarlas. ¡Cómo las extrañaba! Había añorado tanto este momento desde que murió papá, que me quería quedar para siempre protegida entre sus brazos. Bueno, en realidad, más en los de la tía Magda: ella siempre había sido más cariñosa que la abuela, que era más seca y mucho más estricta. Yo sé que ella era la madre de la mía, mi tutora y el único familiar más directo que tenía, pero con la tía la relación era diferente: era más cercana, más cómplice; sentía que me entendía mejor y de no ser porque ella había intercedido con la abuela, yo no habría estado ahí en esos momentos.

La abuela y la tía Magda eran hermanas, ambas habían venido desde Italia cuando eran unas adolescentes y desde entonces vivieron en La Dormida. La abuela era la mayor; en realidad debía de tener cerca de mmm… No sé, cerca de 60 quizás; nunca supe su edad real, ya que siempre se la aumentaba, solo sabía que tuvo a mi mamá cerca de los 28 y que mamá tenía 22 años más que yo, así que debía de andar cerca de ese número.

La abuela era viuda, solo alcanzó a estar casada por tres años con el abuelo. Él falleció de tuberculosis cuando estaba embarazada de mamá. Ella siempre recordaba esto, que no tuvo oportunidad de despedirse: él estaba hospitalizado por esa enfermedad tan contagiosa y ella, producto de su estado, no podía visitarlo. Creo que el abuelo fue el amor de su vida, ya que después de enviudar nunca más se casó y tampoco nunca vi que se acercara a otro hombre. A lo mejor esto fue lo que la hizo tan obtusa respecto a sus sentimientos: cuando la vida golpea fuerte, hace más duras a las personas y ella sí que era una mujer de piedra.

La tía Magda era completamente distinta. Era unos años menor que la abuela y mucho más cálida, acogedora, cercana y cariñosa. Siempre me arrullaba en sus brazos y me contaba algún cuento para dormir cuando era pequeña, sobre todo después de que murió mamá. Nunca tuvo hijos, tampoco se casó, sin embargo, sé que estuvo muy enamorada alguna vez. De niña me gustaba hurgar sus cosas y en una oportunidad encontré la fotografía de un joven muy apuesto en su cajón.

En la parte de atrás tenía escrito: "Al amor de mi vida", así que asumo que debe de haber sido un novio de juventud, pero nunca pregunté, simplemente asumí que si no hablaba de él era porque algún dolor le debía de provocar el recordarlo.

Al entrar, un aroma exquisito nuevamente me retrotrajo a mi infancia: un rico pan *fogazza* recién horneado sobre la mesa nos daba la bienvenida y, junto a él, una serie de deliciosas preparaciones, esas facturitas que las habían hecho tan reconocidas en el pueblo; como buenas descendientes italianas, cocinar era una de las mejores cosas que sabían hacer; eso y hablar fuerte, muy fuerte. Me acerqué a ver y reconocí el clásico *pie* de trufa blanca, las *cantuccini* de almendras y el *panforte*; todo se veía de las mil maravillas. Hacía años que no disfrutaba un banquete como este.

Nos sentamos a tomar el desayuno. Lucas y su padre nos acompañaron. La abuela y la tía comenzaron a contar todas las novedades que había en el pueblo, cosa que a mí no me importaba mucho en realidad, pero trataba de poner la mayor atención posible para no herir sus sentimientos. Sin embargo, esto me habría resultado mejor si es que Lucas no hubiese estado sentado frente a mí. Por más que evitaba tener contacto con sus ojos, no lograba disimular tal incomodidad y lo nerviosa que me ponía su mirada. Casi se me acalambró el cuello de tanto mirar la taza de té que tenía servida al frente. ¿Qué me pasaba, por qué me perturbaba tanto su mirada?... Era tanto mi nerviosismo que cuando traté de tomar la taza, mis manos temblorosas la volcaron sobre el mantel.

—¡*Ci mancherebbe altro, bambina*! —exclamó la abuela—. ¡¡¡Ya andas con pajaritos en la cabeza!!!

—¡*Nemmeno a farlo apposta, nona*! Es que no logré dormir bien en el viaje y ando un poco cansada… —dije, colocando innu-merables servilletas sobre la mancha de agua y evitando mirar a Lucas.

Cuando la abuela se molestaba, lo hacía reclamando en italiano. Mientras más fuerte era su enojo, más potentes eran sus exclamaciones, siempre acompañadas de una gesticulación de manos desbordada. De pequeña había tenido que aprenderlo para entender sus reprimendas, también porque así le podía contestar, lo cual era importante porque solo entonces ella ten-día a bajar el volumen de su voz o a quedarse callada.

—Bueno —dijo el señor Gallagher—, es hora de irnos, tenemos que trabajar; estuvo delicioso… Less, que descanses… Lucas, vamos…

Al escuchar esto, Lucas se levantó de la mesa. El señor Gallagher se acercó a despedirse de las tres. Lucas hizo lo mismo, pero, al acercarse a mí, susurró a mi oído:

—Te veo en la casa del árbol a las siete.

Asentí con la cabeza y se despidió con un suave beso en la mejilla. Nuevamente sentí que el rostro me hervía, pero volví a hacerme la desentendida y seguí limpiando el desastre que había hecho, tratando de que mi incomodidad pasara lo más desapercibida posible. Pero qué me pasaba, si era el mismo Lucas que conocía desde que empezó a gatear, el mismo que yo tenía que defender en la escuela, el mismo que consideraba mi hermano… Tenía que dejar de avergonzarme cada vez que nuestros ojos se encontraban o que se me acercara.

—Bueno —dijo la abuela—. Deja eso ahí… Te vamos a llevar a tu nueva habitación.

—La hemos remodelado especialmente para ti… —dijo con entusiasmo la tía Magda.

—No era necesario… —respondí, pensando que lo más probable era que la hubieran decorado como la habitación de ellas, con un gran crucifijo en la pared, con esos colores tierra que me cargaban y con ese mobiliario de hace 50 años que crujía cada vez que abrían un cajón o que se sentaban en la cama.

Las seguí por las escaleras. Cuando pensé que entraríamos a la habitación que utilizaba de pequeña, ellas continuaron su camino hasta el fondo del pasillo, abriendo la puerta de la alcoba que era de mis padres.

—Pensamos que te gustaría estar aquí… Es más grande y con mejor iluminación —dijo la abuela.

Sentí un escalofrío al entrar en esa habitación. Todos los recuerdos sobre mamá y papá que contenía mi mente se me vinieron de golpe. Sentí el estómago apretado. Entré y la recorrí lentamente. El espacio era el mismo, pero estaba decorada de forma tan linda que sentí que me cubría por completo la calidez familiar que tanto había extrañado.

—La vimos en una revista —agregó la tía Magda, mientras veía cómo yo la apreciaba.

—¡Está hermosa! —dije, fijándome en los detalles que tenía el cuarto.

—Mira… —volvió a decir la tía, abriendo una de las dos puertas blancas que estaban dentro de la habitación—. Mandamos a hacerte un baño privado, para que estuvieras más cómoda, tiene hasta una tina… —Entró a la habitación de color blanco y señaló el antiguo artefacto que estaba en la mitad de la sala.

No sabía cómo agradecerles la preocupación, así que solo atiné a darle un abrazo y un beso a cada una. Conociendo sus gustos particulares, no había pensado que se iban a esmerar tanto.

—Te dejaremos descansar. Magda… Magda… ¡Vamos! —dijo la abuela. Y salieron juntas de la habitación, cerrando la puerta tras ellas.

Miré desde un rincón la panorámica de la recámara. Me detuve frente a la cómoda en que reposaban las fotos, cogí aquella en que aparecía junto a papá y mamá de bebé y me senté en la orilla de la cama. Sentí que los ojos se me humedecían y una lágrima rodó por mi mejilla. La estreché entre mis brazos y me recosté… ¡Los extrañaba tanto! De papá extrañaba su aroma y todo aquello que hacíamos juntos. No eran cosas típicas de padre e hija, pero a nosotros nos funcionaban bien. Papá estaba loco por los motores y en sus tiempos libres me enseñó todo lo que sabía sobre ellos; también le gustaba el básquetbol, todos los sábados jugábamos un "uno a uno" en la cancha que estaba atrás de nuestro hogar en la ciudad. Se me hizo un nudo en la garganta y las lágrimas siguieron cayendo, sin que yo pudiera contenerlas… Me sentí tan pequeña de pronto; necesitaba un abrazo de ellos. De súbito una ráfaga de viento entró por la ventana que estaba abierta, levantando las cortinas. Una pequeña mariposa blanca apareció; junto con ella, entró un inconfundible aroma a violetas... "¡Mamá!", pensé: el recuerdo de su olor era inigualable.

Mamá había muerto cuando yo tenía 5 años. Eran pocas las cosas que recordaba de ella, pero su aroma lo tenía grabado en la mente: así como la abuela olía a rosas y la tía Magda a azahares, ella olía a violetas. Cada vez que estaba triste sentía ese olor, aunque a veces no hubiese flores cerca; creo que mi necesidad de sentirme protegida lo invocaba…

No me gustaba hablar mucho de mamá, porque a la abuela y a la tía aún les dolía tanto como a mí; con papá tampoco logré hacerlo. Él siempre se acordaba de ella, sobre todo durante esas tardes melancólicas en el balcón de nuestra casa. Solía

contar una anécdota y después se iba, no me dejaba preguntar o saber más; sin embargo, cuando cumplí 15 años salimos a celebrar y papá bebió unas copas de más: de repente escuchó la canción que empezó a entonar la banda del restaurant, tomó mi mano y me sacó a bailar. Mientras giramos suavemente, se detuvo a mirarme, diciendo lo mucho que me parecía a ella y todo lo que la extrañaba. Me pidió perdón por no haberla protegido, por haberme quitado la posibilidad de crecer con mi mamá al lado. Sus palabras calaron hondo en mí. No entendía por qué se culpaba, si él no estuvo el día en que ella murió, estaba trabajando… Es más, yo siempre había creído que su muerte había sido un poco mi culpa…

No me acordaba con claridad de la noche en que sucedió, pero sí recordaba que mamá dijo que me escondiera en el ropero que estaba en su habitación, que no le abriera la puerta a nadie, aunque escuchara o viera cualquier cosa. Dijo que entonara la canción que siempre cantábamos juntas y que, sucediera lo que sucediera, me amaba y me iba a cuidar por siempre. Yo quería completar el puzle; a veces de tanto pensar me llegaba a doler la cabeza, sintiendo que faltaban tantas partes aún acerca del cómo y del porqué mi madre me había dejado allí, así como en cuanto al sentido de sus palabras. Siempre sentí que trató de defenderme de algo, pero no sabía de qué… ¿De un ladrón? ¿De un psicópata?... No lo sé, solo sé que desde la ranura de aquel ropero pude ver un fuerte destello blanco y después la imagen de un ojo husmeando… Un ojo rojo y amarillo, algo así como el ojo de Saurón de la película "El Señor de los Anillos"… Un ojo que hasta el día de hoy me persigue en mis peores sueños y que nunca he sabido si fue real o parte de mi imaginación, ya que salí de mi escondite cuando amaneció, porque papá me encontró dormida dentro y solo entonces supe lo que había ocurrido, pues su mirada traía un velo de tristeza que nunca más pudo borrar.